

que no impersonalice, llevada de cierta manera
es suficiente por el momento.

Al desembocar de una experiencia
se llega a una tarde muy conocida
perdida tras una ventana clasificando cartas
o contestando la correspondencia atrasada.
Tarde pasada junto a un espejo
sin recordar haber visto en el propio rostro
si no algo parecido a unos guantes bajo el asiento,
a un gato sin uñas ni aparato digestivo
que sabe saludar con cortesía.
Así, resbalando hasta que el sol se oculta
entre unos matorrales que recuerdan la guata,
se vuelve otra vez a la puerta de entrada.

El polvo cae sobre los hombros.
La oscuridad se amontona a los lados del camino.
Al antes y al después se llega desde el mismo sitio.
Lo preferido es doblarse como una campana,
resonar en el hueco de una escalera.

Algunas puertas tienen señalado su destino.
Esto no lo han registrado los noticiarios cinematográficos.
Continúan agitándose las multitudes.
El tiempo ganado entre los libros
no es ninguna credencial para lo cotidiano.
La primer cana descubierta al tomar el desayuno
basta para empezar con desgana la tarea.

Había niebla y ha sido necesario un gran esfuerzo para salvarse.
Para salir de un vals se cierran los ojos
y se mantiene la voluntad bien despierta.
No siempre el vencedor es el primero que llega...

Había una vez una princesa que escogió al más humilde de sus
súbditos.

Antonio FERNANDEZ MOLINA.